



Capítulo 497: Salva a la esposa

La risa empezó baja, casi un susurro.

Luego se hizo más fuerte, resonando a través del vacío del bosque, desgarrando el silencio como un trueno nocturno.

Virgilio se rió —no como alguien que pierde el control, sino como un rey que finalmente encuentra algo que estaba destinado a ser suyo. Su voz reverberaba en ondas, mezclándose con el eco del barranco, haciendo imposible distinguir dónde terminaba su risa y comenzaba el sonido de la propia tierra vibrando.

"¡Ja... jajajajaja...!" Se sujetó la frente con la mano, inclinando la cabeza hacia atrás. "Puede que el mundo entero me odie, pero hasta el fin de los tiempos... ella siempre me estará esperando."



Su mirada azul llameante se fijó en la oscuridad de abajo.

No importaba cuál fuera esa grieta. No importaba si había monstruos, maldiciones o el fin de la realidad misma.

Roxanne estaba allí.

Y dondequiera que ella estuviera, también estaría su lugar.

Los ojos de Vany se abrieron y dieron un paso adelante. "¡Espera! No puedes estar considerando seriamente—"



Pero no hubo tiempo para terminar.

Virgilio abrió los brazos como si abrazara el vacío mismo y, sin dudarlo, sin mirar atrás, se arrojó al borde.

El viento se lo tragó inmediatamente.

Fue como caer en un océano invisible—frío, despiadado, interminable. Su cabello se movía contra su cara y la presión aumentaba al segundo, como si el barranco quisiera aplastarlo incluso antes de que llegara al fondo.

Detrás de él, la voz de Titania retumbaba de rabia.

"¡Maldito loco!"

Zuri gritó, corriendo hacia el borde. "¡¡¡VERGIL!!!"



Pero Vanny simplemente se quedó quieta, con los ojos fijos en la sombra tragándose al líder. Aún se podía ver el resplandor azul que emanaba de él, un faro que se desvanecía y se hacía más pequeño.

Rize, por su parte, no dijo nada. Simplemente cerró los ojos, con las manos juntas, como si susurrara una oración o sellara un destino.

La caída parecía interminable.

Virgilio dejó que su cuerpo se relajara, dejándose llevar por el abismo. No había miedo. Sólo anticipación. Con cada segundo que pasaba, su voz resonaba en su mente: "¡¡¡Marido!!! ¡¡¡Sácame de aquí!!!"



Fue real.

No era una ilusión.

No podría ser.

Se había enfrentado a ilusiones antes, se había enfrentado a trampas diseñadas para destruir su mente. Pero nadie pudo recrear esto: la resonancia única del alma de Roxanne. Una llama que sólo él reconocería, inconfundible, indomable.

Su risa cesó y fue reemplazada por una sonrisa fría.

"Espérame, Roxanne. Volveré... no, volveremos."

De repente, algo cambió.

La caída se desaceleró. El aire comenzó a girar en espirales a su alrededor, como corrientes invisibles. El vacío tomó forma. Era como si estuviera pasando por velos, capas de realidad desprendiéndose una tras otra.

La oscuridad pulsaba como carne viva. Los ojos se abrieron en las paredes del barranco, docenas, cientos, todos mirándolo con curiosidad, miedo y reverencia. Voces susurradas, lenguas antiguas nunca antes habladas por mortales.

"—Quien desciende..."



“—Quien se atreve...”

“—Quien reclama lo que no se debe reclamar...”

Vergil se rió de nuevo.

—No me atrevo. Yo tomo.

Un destello repentino iluminó todo.

Aterrizó en tierra firme.

Pero no era la tierra.

El suelo parecía cristalizado, un espejo oscuro que reflejaba su propio cuerpo distorsionado, como si se burlara de él. Cada paso que daba reverberaba como un trueno en una cueva.

A su alrededor se alzaban columnas colosales, hechas de huesos y raíces retorcidas. Arriba, en lugar de cielo, había una masa de oscuridad en constante cambio, como un mar de sombras suspendidas en el aire.

Y luego lo escuchó.

Su voz.

Más cerca.



Clearer.

"¡¡¡VERGIL!!!"

Su corazón se aceleró. Sus ojos escanearon el espacio hasta encontrarla.

Y allí estaba Roxanne.

Sujetado en el centro de un círculo formado por cadenas negras que se elevaban desde el suelo, envueltas en runas que ardían con llamas carmesí. Su figura, todavía tan familiar—cabello largo, ojos ardientes, expresión de pura rabia y pasión que siempre la había definido.

Incluso encadenada, incluso debilitada, parecía irradiar vida.



"Roxanne..." murmuró y, por primera vez en siglos, su voz sonaba suave.

Ella lo miró fijamente, con lágrimas mezcladas con furia.

"¡Te tomaste tu tiempo, idiota!"

Él sonrió y se acercó. "Me perdí. Este bosque no tiene mapas."

"¡Cállate y déjame ir!" Ella rugió, sacudiendo las cadenas que resonaban como malditos hierros. "¡Estos bastardos me atraparon aquí, y si tengo que pasar otro día escuchando los gritos de estas maldiciones, haré estallar este infierno yo mismo!"

Virgilio levantó la mano y tocó una de las cadenas.



En el instante en que lo hizo, el hierro reaccionó —un crujido se extendió por el círculo y una voz profunda resonó desde el suelo.

"No deberías estar aquí."

La oscuridad que los rodeaba se agitó y las formas comenzaron a elevarse.

Figuras humanoides, pero sin rostro, sin carne, sólo sombras densas con ojos rojos brillantes. Había docenas, luego cientos, rodeando el espacio, cada uno con armas hechas de la misma oscuridad que los componía.

Roxanne resopló. "Te dije que te estaban esperando, marido. ¡Ahora muéstrales que sigues siendo el demonio arrogante con el que me casé!"

Virgilio se rió entre dientes.

"Como si hubiera alguna duda."

El primero de ellos avanzó blandiendo una lanza negra que podía perforar piedra. Virgilio se movía como un rayo. La espada apareció en su mano con un solo movimiento, cortando el aire. El impacto fue devastador—el ser se partió en dos y se disolvió en humo.

Diez más avanzaron a la vez, pero Virgilio no se retiró.

Bailó entre ellos, cada golpe de su espada trazando líneas de luz azul en el aire. El suelo se agrietaba con cada movimiento y los ecos de sus ataques reverberaban como campanas de guerra.



Los enemigos cayeron uno tras otro, pero surgieron otros nuevos, multiplicándose como enjambres.

Roxanne observó una sonrisa cruel en sus labios a pesar de las cadenas.
"Sigues siendo tan hermosa cuando peleas."

Virgilio levantó su espada, esquivando tres ataques a la vez y perforándolos todos en un solo golpe.

"Y sigues siendo insoportablemente ruidoso."

Ella se rió. "¡Me amas así!"

La batalla continuó, pero Virgilio no pareció ceder. Por el contrario—cada nuevo enemigo alimentaba su furia y su aura crecía en intensidad, consumiendo la oscuridad que lo rodeaba.



Hasta que, en el momento álgido de la masacre, sonó una nueva voz.

Diferente.

Pesado.

Como si no fuera sólo un sonido, sino una orden.

"—SUFICIENTE."

Los enemigos se congelaron y se disolvieron instantáneamente. La oscuridad retrocedió y un solo ser apareció ante él.



Un hombre alto, vestido con una armadura negra ornamentada, con el rostro oculto bajo un casco que brillaba en rojo. Sostenía una lanza colossal y su mera presencia hacía que el aire se inclinara en reverencia.

Virgilio entrecerró los ojos.

"¿Quién eres tú?"

El ser levantó su lanza, apuntándola hacia él.

"Guardián del Abismo. El que mantiene el sello. No deberías estar aquí, intruso."

Vergil sonrió.

"Gracioso. Estaba a punto de decir lo mismo."

Roxanne gritó desde las cadenas:

"MARIDO, DEJA DE HABLAR Y DÉJAME IR!!!"

El guardián se movió primero. Un solo paso y el espacio entre ellos desapareció. La lanza llegó con suficiente fuerza para perforar montañas.

Virgilio levantó su espada. El impacto sacudió todo el espacio, agrietando el suelo, destrozando los pilares de hueso. Un trueno explotó cuando las dos fuerzas chocaron.



Los ojos azules de Virgilio brillaban como estrellas en guerra.

"No lo entiendes..." dijo, haciendo retroceder la lanza. "No vine por el poder.
No vine por el dominio. Vine... por mi esposa."

Y en ese instante, el Guardian pareció dudar.

Roxanne gritó de nuevo, con lágrimas de rabia brillando en sus ojos:

"¡¡¡Y ÉL ME LLEVARÁ O MORIRÁS, BASTARDO!!!"

Virgilio sonrió salvajemente.

